Un episodio de mi vida

Con motivo de los últimos acontecimientos de Panamá, algunas personas me han pedido con insistencia un relato de mi expedición al Istmo en 1866, expedición que hizo cierto ruido en aquel tiempo en Costa Rica y a la cual se atribuyó un alcance político que en realidad no tuvo. Sólo por complacer estos deseos y de ninguna manera por hacer alarde de hechos pasados voy a sacar esta página de las breves memorias que dejo, para que sean publicadas algún día después de mi muerte.

A fines del año 1862 llegaron aquí numerosas familias istmeñas, que venían huyendo de las persecuciones de los liberales, que acababan de adueñarse del poder, derrocando al gobierno conservador. Entre ellas estaban varias con las cuales me hallaba emparentado muy de cerca y eran cabalmente las que más habían tenido que padecer después de la muerte del Presidente de Panamá don Santiago de la Guardia, padre del actual Representante del Istmo en Costa Rica (1) que pereció el 19 de agosto de 1862, al terminar el combate de Río Chico, en el cual había logrado vencer. Las quejas vehementes de mis deudos, la narración de las tropelías de que habían sido víctimas y más que todo la muerte trágica de mi primo don Santiago, me causaron honda impresión; y como entonces sólo tenía treinta y dos años y estaba lleno de entusiasmo guerrero y muy ufano de mis presillas de jefe, ganadas en el campo de batalla de Rivas el 11 de abril de 1856, les prometí acompañarlos y ayudarlos el día en que fuesen a vengar la sangre de nuestro pariente.

Pasó tiempo, y estaba ya muy lejos de mi memoria la promesa hecha en un momento de legítima indignación, cuando en marzo de 1866, hallándome en las vegas del río de Las Piedras, jurisdicción de Bagaces, empeñado en el cultivo de un campo de algodón cuyo precio, a consecuencia de la guerra civil en los Estados Unidos, había subido mucho, vino a sorprenderme una carta de mis primos don Manuel y don Eduardo de la Guardia, en la que me recordaban mi ofrecimiento y me indicaban que era llegado el momento de cumplirlo. En esa misma carta, fechada en Alajuela, me decían que se fraguaba una conspiración en Panamá de acuerdo con ellos, con el objeto de echar abajo el gobierno existente. Me pedían, además, que fuese a esperarlos en Puntarenas llevando algunos hombres de mi confianza.

No vacilé un momento en cumplir un deber que consideraba sagrado y abandonando mi empresa me trasladé a Puntarenas con ocho hombres seguros, de los cuales recuerdo al capitán Roque Lara y al teniente Gaspar Apú. En el puerto me junté con los señores Guardia y con don Francisco de Fábrega, suegro que fué de don Santiago de la Guardia y persona de gran respetabilidad y prestigio en todo el Istmo. Venían con ellos también seis hombres escogidos de la provincia de Alajuela. Nos embarcamos en el primer vapor que pasó, arribando a Panamá a fines de marzo. Llegados allí, los catorce hombres que nos acompañaban pasaron como jornaleros destinados a trabajar en las haciendas que los se-

(1) El general don Santiago de la Guardia y Fábrega.

ñores Guardia poseían en Veragua; y mientras éstos se ponían al habla con sus amigos y demás personas que preparaban la revolución, me oculté con los costarricenses en una casa llamada de San José.

Gobernaban entonces en Panamá los liberales y presidía el Estado un señor Calancha. La revolución, aunque fraguada por los conservadores, contaba con el apoyo de elementos importantes del partido contrario, y se había convenido en llevar al poder a un liberal para obtener así la sanción indispensable del gobierno federal de Bogotá. Entre las personas más prominentes comprometidas en el movimiento, figuraban un señor Arias y D. Gil Colunje, debiendo ser este último proclamado Jefe del Estado.

El plan era el siguiente: el gobierno federal colombiano tenía situado en Panamá, para garantizar la libertad del tránsito, uno de los mejores batallones de su ejército, el batallón *Tiradores*. Muchos de los oficiales de este batallón habían sido ganados por los conspiradores y consentían en pronunciarse; pero a condición de que fuese capturado previamente su jefe, el coronel Soto, a quien decían ellos que los soldados obedecerían ciegamente en cualquier lance y sobre el cual se negaban a poner las manos. Yo me encargué de apresar al coronel Soto.

Zanjada así esta primera dificultad, se acordó dar el golpe sobre la marcha; y con pretexto de que se hallaba en Panamá un jefe militar costarricense que deseaba presenciar las evoluciones del batallón, lo sacaron los oficiales del cuartel de Chiriquí, lugar de su residencia, a maniobrar en la Plaza Principal. Formado el batallón en esta plaza, los oficiales proclamaron Presidente a D. Gil Colunje. Inmediatamente me dirigí con cuatro de mis hombres, armados de puñal, a la casa que habitaba el coronel Soto, quien teniendo ya noticia de la sublevación venía bajando apresurado las escaleras, seguido de un hijo suyo y de un ayudante. Al encontrarme con él le puse el revólver en el pecho y le mandé rendirse; otro tanto hicieron los que me acompañaban con el joven Soto y el ayudante, amenazándolos con sus puñales. Ninguno opuso resistencia y conduje a los tres a una casa preparada de antemano, donde los dejé custodiados por mis cuatro hombres. Esto pasó a eso de las cuatro de la tarde del día 28 de **marzo de 1866.**

Los principales cabecillas de la sublevación fueron los hermanos Vallarino, capitanes ambos. Uno de ellos, Carlos, fué quien tomó el mando superior del batallón, reducido por circunstancias especiales a sólo trescientas plazas. Sin pérdida de tiempo se destacó una compañía con orden de atacar la Casa Presidencial que estaba defendida por una guardia de cincuenta hombres. La casa fué tomada por asalto; pero el Presidente Calancha no pudo ser habido, porque logró escapar por los tejados vecinos y esconderse en una casa particular. Al mismo tiempo que salía la compañía destinada a apoderarse de la Casa Presidencial, el resto del batallón se dirigió a la plaza de Santa Ana, contigua a la puerta de las murallas que conduce al Arrabal, donde había un cuartel defendido por cuatrocientos negros partidarios de Calancha. Por otro lado corrieron algunos de los nuestros a proveerse de armas en el almacén de un extranjero, cuya entrada había sido forzada de acuerdo con él, porque era amigo secreto de la revolución.

Cumplido mi compromiso de apresar al coronel Soto, me encaminé a la plaza de Santa Ana a reunirme con el batallón sublevado. Al pasar por el Cuartel de Policía, donde había unos doce o catorce hombres, los vi tan asustados, que

resolví meterme allí e intimarles rendición, lo que efectuaron en el acto, sin intentar la más pequeña resistencia. Continué mi camino y llegué a la plaza de Santa Ana, donde estaba el batallón combatiendo con los negros del Arrabal, los cuales ocupaban el cuartel y parte de la muralla. Al verme, los señores Villarino se acercaron inmediatamente a mí para consultarme sobre la situación que ellos juzgaban difícil y comprometida, por la ventajosa posición que ocupaba el enemigo. Opiné que debía hacerse un ataque rápido y audaz, confiado en que si bien nuestras tropas eran inferiores en número, superaban en mucho a los negros por su disciplina y valor, pues se componían de soldados de línea, veteranos y aguerridos. Los dos Vallarino aprobaron en un todo mi plan, y como el batallón estaba desplegado en guerrilla, lo hicieron concentrarse con un toque de corneta. En seguida fué fraccionado en tres columnas de ataque. Cada uno de los señores Vallarino se puso al frente de la suya y yo de la tercera. A continuación y simultáneamente nos lanzamos a paso de carga sobre el enemigo, tocando las cornetas a degüello. Este movimiento, ejecutado con gran audacia por aquellos soldados inmejorables, fué de un efecto irresistible. Los negros huyeron despavoridos en dirección al cuartel, arrastrando en su fuga a los que lo defendían, de manera que lo ocupamos sin mayor trabajo.

Después de su derrota, los negros fueron a refugiarse en una multitud de casas quemadas del Arrabal, destruídas anteriormente por un incendio, y en ellas se atrincheraron. Resolvimos entonces dejar una guardia en el cuartel que acabábamos de quitarles, y regresamos con el resto de la fuerza para atacar el cuartel de Chiriquí, adonde había quedado el segundo comandante del batallón *Tiradores* con la guardia de prevención y los enfermos. Después de un combate que duró hasta las nueve de la noche, el cuartel se rindió. Ocupado este cuartel por los nuestros, marchamos los capitanes Vallarino y yo con lo que quedaba del batallón a desalojar a los negros de las casas quemadas del Arrabal. Los tres fuimos obsequiados a la salida con magníficos caballos que nos fueron de mucha utilidad en el combate. Dividida la tropa en tres guerrillas, fuimos desalojando a los negros casa por casa, lo que nos tomó toda la noche hasta las cinco de la mañana del día siguiente. El caballo que yo montaba era un excelente animal que saltaba con facilidad por encima de las trincheras y tapias derribadas. Un sargento agarrado de una pistolera, y un cabo asido de la cola del caballo, saltaban de esta manera conmigo y no me desampararon en toda la noche.

Al amanecer del día siguiente la revolución estaba triunfante, D. Gil Colunje fué proclamado Presidente y se organizó el nuevo gobierno. Los dos Vallarino y yo fuimos ascendidos a coroneles, y varios otros oficiales recibieron igualmente grados. Dos días después se me extendió el nombramiento de comandante militar del Departamento de Veragua, con encargo de irlo a someter, para lo cual me dieron un piquete de veinte hombres; tarea fácil, a pesar de lo exiguo de la fuerza, yendo como iba acompañado de don Francisco de Fábrega, persona que gozaba allí de un prestigio muy grande. Sometido el Departamento de Veragua, regresé a Panamá, de donde se me llamó para enviarme en calidad de prefecto y comandante de Penonomé. Partí en seguida a ocupar este puesto y en él permanecí algunos meses, después de los cuales determiné volver a Costa Rica, por las razones que voy a exponer a continuación.

Mis parientes, autores principales de la revolución, no estaban satisfechos de sus resultados; porque habiendo sido preciso llevar a un liberal al poder, no encontraban el camino expedito para sus justas reivindicaciones por los daños recibidos en 1862. A esto se añadía que el gobierno de Bogotá miraba de reojo lo que pasaba en el Istmo y esto era una amenaza. Por otra parte, los amigos de Calancha se agitaban en secreto y preparaban el desquite. Viendo, pues, que mi presencia ya no tenía utilidad para mis primos y deseoso de regresar a la patria, envié a Panamá mi renuncia, que fué aceptada, y se nombró para reemplazarme a un coronel Casanova. Algunos días después supe que había llegado al puerto de Agua Dulce una embarcación que se dirigía a Panamá, y resolví aprovecharla para mi viaje.

Llegó el día de la salida y ya montado a caballo pasé a despedirme de Casanova, que me hizo apearme y me obsequió con una copa. Tomándola estábamos cuando llegó corriendo a caballo don Salomón Ponce, con la noticia de que quinientos negros del Arrabal, liberales, bien armados y al mando de un señor Olazagarra, acababan de llegar al pueblo de Antón y venían sobre la ciudad de Penonomé, para seguir luego a la Villa de los Santos, donde debían reunirse con 300 caucanos que allí habían llegado, traídos por los enemigos del gobierno de Colunje para derrocarlo. Después supimos que había tenido lugar una revolución de los amigos de Calancha en Panamá, pero que había fracasado; por lo que ahora intentaban apoderarse del interior del Istmo. Al oír esta noticia, Casanova me suplicó que no le abandonase, diciéndome que por más que ostentaba el grado de coronel, nada tenía de militar. Consentí en quedarme, tanto por ser consecuente con la causa que servía, como porque no pudiesen decir que huía del peligro.

Casanova recibió mi resolución con mucha alegría y en el acto escribió un despacho nombrándome comandante en jefe de las fuerzas que estaban a su mando, las cuales ascendían al número insignificante de cuarenta y siete hombres, incluyendo ocho oficiales. En seguida acordamos Casanova y yo replegarnos a Natá, porque Penonomé carecía en absoluto de medios de defensa para hacer frente a un enemigo tan superior en número, mientras que en Natá contábamos con muchos partidarios y las condiciones eran allí mejores para organizar la resistencia. Además, al ocupar esta última plaza, nos proponíamos evitar la reunión proyectada de los negros con los caucanos que habían desembarcado en la Villa de los Santos, dando así tiempo para que el general Olarte, que venía con fuerzas de Panamá, pudieran batirlos separadamente.

Al llegar a Natá, ciudad donde nació mi padre don Rudesindo de la Guardia, establecimos el cuartel en una capilla abandonada, que llamaban La Soledad, y la puse inmediatamente en estado de resistir un ataque, para lo cual hice condenar las puertas laterales y construir en la del frente una trinchera interior, medio excelente para defender iglesias, que había visto emplear a los filibusteros yanquis durante la guerra de Nicaragua. Estaba situada esta capilla frente a una plaza pequeña; por los costados y con calle de por medio había casas, y por detrás una inmensa llanura que se extendía hasta el Río Grande, río caudaloso que tenía forzosamente que atravesar el enemigo para atacarnos, razón por la cual hice recoger todos los botes que pudiera aprovechar para esta maniobra y situé espías en la orilla. Contra lo que esperábamos no pudimos reclutar en Natá un solo hombre,

porque todos habían huído a los montes al saber la llegada de los negros y los caucanos. Resolví entonces mandar un expreso a la ciudad de Santiago de Veragua, donde estaban reunidos unos doscientos hombres al mando de don Francisco Fábrega, hijo del otro don Francisco de quien he hablado anteriormente, para que vinieran a unirse conmigo, con el objeto de que todos fuéramos a atacar a Olazagarra que se hallaba acampado en Penonomé, pues no se había atrevido a avanzar sobre Natá, creyendo que disponíamos de mayores fuerzas.

Fábrega me contestó que llegaría con sus tropas dentro de tres días, y en esta confianza dispuse todo para recibirlo; pero el día en que lo esperaba, me llegó una carta suya, haciéndome saber que no podía venir, porque había recibido aviso de que el enemigo marchaba hacia el pueblo de San Francisco de Calobre, donde pensaba atacarlo. Viendo entonces que mi posición en Natá era insostenible con tan escasas fuerzas, determiné irme a reunir a las que al mando del general Olarte marchaban contra los caucanos, acampados en un lugar llamado Las Brujas, y con este objeto ordené la marcha para el siguiente día a las cinco de la mañana. Desgraciadamente, la víspera había desertado de nuestras filas un oficial llamado Ricardo Díaz, que uniendo la traición a la cobardía, se fué a Penonomé e hizo saber a Olazagarra que sólo éramos un puñado de hombres. En el acto resolvió este jefe atacarnos y se puso en marcha sobre Natá. Llegado que hubo con sus quinientos hombres al Río Grande, logró hacerse de un bote en el cual pasaron algunos soldados que sorprendieron y apresaron a mis espías, pero uno de ellos, un sargento llamado Venancio, muy apegado a mi persona, consiguió escapar y llegó a darme el aviso. Mientras tanto el enemigo se apoderó de los botes que yo había reconcentrado y efectuó el paso del río.

Apenas tuve tiempo de hacer tocar generala, y cuando entraban los últimos de los míos al cuartel, ya se veía venir al enemigo por el llano, desplegado en guerrilla. Podrían ser entonces las dos de la tarde. Al llegar a la población se posesionó en el acto de las casas vecinas y abrió el fuego contra la capilla. Nosotros lo contestamos eficazmente por las ventanas, haciéndole numerosas bajas, por lo que no se atrevió a dar el asalto a la excelente trinchera que teníamos en la puerta, cosa que le habría costado muy caro. Es probable también que contase con que siendo nosotros tan pocos no tardaríamos en rendirnos. El tiroteo duró hasta la noche. A eso de las nueve el enemigo logró incendiar la capilla por la parte de atrás, lo que causó gran alarma a los míos; pero felizmente un aguacero de los más oportunos vino a apagar el fuego. Los negros hacían gran algazara y entre otras cosas me gritaban: *¡Coroné Guardia, vamos a bebé coñaque Jenesi* (2) *en el cráneo e su cabesa!*

Como fracasara el incendio, nos gritaron que iban a volar la capilla con un barril de pólvora, y en efecto empezaron a sonar golpes de barra en la pared posterior. Al oír esto mi gente se acobardó mucho, por más que traté de convencerlos de que esto sólo era un ardid para obligarnos a rendirnos, como en verdad así lo creía. Al volar la capilla era casi seguro que saltaran también varias casas de la vecindad y no era creíble que el enemigo llegase a tal extremo. Viendo que mis

(2) Hennessy.

razones no lograban reanimarles, reuní a los oficiales en consejo de guerra y les expuse claramente la situación, que era de las más apuradas, pues careciendo como carecíamos de víveres tendríamos que capitular muy en breve. Varios se manifestaron inclinados a hacerlo; pero yo que sabía perfectamente que iba a ser fusilado sin remedio y no quería que mi cráneo sirviera de copa a mis amigos los negros, combatí enérgicamente esta opinión y sostuve que debíamos romper la línea de sitio sin demora. No faltó quien dijera que esto era correr a una muerte segura; pero logré por fin hacer triunfar mi opinión y se acordó intentar la salida.

Para ejecutar este atrevido y arriesgado movimiento, formé la tropa a dos de fondo, poniendo un oficial detrás de cada seis soldados. Me coloqué a la cabeza de la columna y di el mando de la retaguardia a un capitán Vega, militar valeroso de toda mi confianza y veterano del ejército de Colombia. Recomendé mucho a la tropa que no perdiese en ningún caso su formación, pues se trataba de ejecutar un movimiento falso para engañar al enemigo. La rapidez y decisión de nuestra salida sorprendió a éste, que se replegó en el acto a las casas, después de hacernos unos disparos sin resultado. Inmediatamente contramarché hacia el cuartel como para refugiarme en él, pero en vez de entrar, seguí rápidamente a lo largo de una de las paredes laterales, a favor de la oscuridad; y una vez que llegamos a la llanura nos dirigimos al Río Grande, marchando con grandes precauciones que resultaron inútiles, porque el enemigo no se enteró de nuestra fuga hasta las siete de la mañana siguiente, después de haber pasado toda la noche haciendo disparos contra la capilla desierta.

A esas horas ya íbamos lejos, porque en la hacienda de un señor Rivera pudimos obtener caballos para los oficiales y los pocos soldados que aun nos quedaban. Los demás me habían pedido licencia para dispersarse y volver a sus casas. De la hacienda de Rivera partimos para el puerto de San Carlos, adonde llegamos dos días después y allí pudimos embarcarnos en un bongo con rumbo a Panamá. Según me refirió después el general Olarte, mi plan de situarme entre las fuerzas de Olazagarra y los caucanos para impedir que se juntasen, lo había salvado a él de una derrota; pues el mismo día en que fuí atacado en Natá, tuvo Olarte un encuentro con los caucanos en Las Brujas, logrando derrotarlos, pero con mucha dificultad. De modo que si se hubiese verificado la reunión de ambas fuerzas, Olarte habría sucumbido de seguro.

Después de permanecer todavía algún tiempo en Panamá, regresé a Costa Rica, donde se dijo que mi expedición había contribuído al fracaso de las negociaciones entabladas por el doctor don José María Castro en Bogotá, para el arreglo de la cuestión de límites; pero esto es absurdo, porque el gobierno federal estaba perfectamente informado de lo acaecido en Panamá y sabía por lo tanto que el de Costa Rica era del todo extraño a mi ida allí, que sólo obedeció, como antes lo he dicho, a un sentimiento de cariño familiar y a mi afición por las cosas de la guerra.

VÍCTOR GUARDIA

(1903)